

Janucá en Jerusalén

Jerusalén, 12 de diciembre, 1972. El 25 de Kislev se inició la fiesta de Janucá, fiesta de las luminarias, que duró ocho días. Las calles principales de Jerusalén se iluminaron. La Knesset (el parlamento) en su colina irradiaba una luz clara, amarillenta. La Universidad Hebrea también extendió su silueta hacia la noche. Los museos, la muralla, todos los edificios públicos se llenaron de luces.

En cada casa se siguió la tradición del candelabro de ocho brazos. El símbolo del Estado, la Ménora, tiene los siete brazos tradicionales. El de Janucá, además de los ocho, tiene uno suplementario, que soporta la vela que va encendiendo cada día una más, hasta completar las ocho.

Janucá significa en hebreo "inauguración" y celebra la victoria de los Macabeos sobre la dominación siria de Antíoco Epífanes, quien se había educado en la cultura helénica y se empeñó en "helenizar" al pueblo judío. Reinó en Israel en los años 175-163 antes de Cristo.

Una larga resistencia pasiva precedió al movimiento de Judas, apodado Macabeo (el martillador), quien logró purificar y reinaugurar el templo, el que había sido profanado con la introducción de ídolos paganos y con el sacrificio de cerdos.

La reinauguración del templo la logró en diciembre del año 164 antes de Cristo, y desde esa fecha parte la fiesta de Janucá. Dice la tradición que no había aceite suficiente para ilu-



Carmen
Naranjo

minar la ménora, razón por la cual se fue encendiendo una vela cada día hasta el término de ocho días, que es el tiempo necesario para la preparación del nuevo aceite.

Una plegaria especial se dice en esos días: Al Hanisim, oración de gratitud por los hechos ocurridos, en que se menciona "hiciste que los débiles vencieran a los fuertes, los pocos a los numerosos".

En los hogares la fiesta de Janucá es una fiesta para los niños. Tienen dulces, regalos, juegos y canciones.

La vida de trabajo sigue su curso, la festividad se celebra sin feriados. Las escuelas detienen las lecciones normales para cumplir la tradición de las luminarias, de las canciones, de las plegarias y sobre todo recordar la hazaña trascendente de la celebración, o sea el hecho de haber rechazado una cultura extranjera, la griega, que sin duda debió ser tentadora frente a la austeridad y a la disciplina de la religión judía.

Dos mujeres judías se recuerdan también en esta época: Ja-

ná y Judith. La primera se negó a contravenir las leyes de su religión y desobedeció la orden de Antíoco, quien la conminó a comer carne de cerdo. No cedió al martirio, ni aun al ver sacrificar a cada uno de sus siete hijos. Llegó a la muerte sin traicionar su fe. Judith fue más feliz en su heroísmo. Con ingeniosos trucos conquistó al general Holofermes, quien tenía a su cargo el sitio de la ciudad de Betulia. Embriagado de amor y de vino, fue fácil presa de Judith, la que le cortó la cabeza y la llevó como trofeo a su pueblo. Los soldados, ya sin jefe, abandonaron el sitio y Betulia quedó libre.

Una de las canciones más populares de Janucá es la llamada Maoz Tsur. Su texto recuerda cuatro pocas de persecución del pueblo judío: la egipcia, la babilónica, la de Hamán y la de Antíoco. Todas esas épocas se vencieron y muchas otras más. Aquí está ahora este Eretz Israel, en este difícil Medio Oriente.

La fiesta de Janucá se sigue celebrando, pues así lo ordenó Judas Macabeo, el 25 de Kislev del año 165 antes de Cristo, tal como lo dice el Libro de los Macabeos: "Y Judas Macabeo y sus hermanos con toda la comunidad de Israel resolvieron que la fecha de la reinauguración del altar debía ser celebrada, año tras año, durante ocho días, desde el 25 del mes de Kislev, con alegría y regocijo".

Y así Janucá ha perdurado por siglos como prueba de firmeza y de fe.